

## LA ÉTICA EUDEMONISTA:

### EL BIEN SUPREMO, LA FELICIDAD Y EL ACTO DEL HOMBRE.

---

Volvamos de nuevo al bien que buscamos, y preguntémos cuál puede ser. Porque el bien parecer ser diferente según las diversas acciones y artes, pues no es el mismo en la medicina que en la estrategia, y del mismo modo en las demás artes. ¿Cuál será, por tanto, el bien de cada una? ¿No es claro que es aquello por cuya causa se pone en obra todo lo demás? Lo cual en la medicina es salud; en la estrategia la victoria; en la arquitectura, la casa; en otros menesteres otra cosa, y en cada acción y elección el fin, pues en vista de él por lo que todos ejecutan todo lo demás. De manera que si existe un solo fin para todo cuanto se hace, éste será el Bien practicable; y si muchos, éstos serán los bienes. Y he aquí cómo nuestro razonamiento, paso a paso, ha venido a parar a los mismos; y con todo, debemos intentar esclarecerlo más aún.

Puesto que los fines parecen ser múltiples y que de entre ellos elegimos algunos por causa de otros, como la riqueza, las flautas, y en general los instrumentos, es por ello evidente que no todos los fines son fines finales; pero el bien supremo debe ser evidentemente algo. Por tanto, si hay un solo fin final, éste será el bien que buscamos; y si muchos, el final de entre ellos.

Lo que se persigue por sí mismo lo declaramos más final que lo que se busca para alcanzar otra cosa; y lo que jamás se desea con ulterior referencia, más final que todo lo que se desea al mismo tiempo por sí y por aquellos; es decir, que lo absolutamente final declaramos ser aquello que es apetecible siempre por sí y jamás por otra cosa.

Tal nos parece ser, por encima de todo, la felicidad. A ella, en efecto, la escogemos siempre por sí misma, y jamás por otra cosa; en tanto que el honor, el placer, la intelección y toda otra perfección cualquiera, son cosas que, aunque es verdad que las escogemos por sí mismas —si ninguna ventaja resultase elegiríamos, no obstante, cada una de ellas—. lo cierto es que las deseamos en vista de la felicidad, suponiendo que por medio de ellas seremos felices. Nadie en cambio, escoge la felicidad por causa de aquellas cosas, ni, en general, de otra ninguna.

La misma conclusión parece resultar de la consideración de la autosuficiencia que es propia de la felicidad, porque el bien final, en la opinión común debe bastarse a sí mismo. Mas lo autosuficiente lo entendemos con referencia no sólo a un hombre solo que viva vida solitaria, sino a sus padres, hijos, mujer, y en general a sus amigos y conciudadanos, puesto que, por su naturaleza, el hombre es algo que pertenece a la ciudad. Por lo demás, hay que fijar un límite a estas relaciones, pues si nos extendemos a los ascendientes y a los descendientes y a los amigos de los amigos, iremos hasta el infinito. Más adelante habría que examinar este punto. Por lo pronto asentemos que el bien autosuficiente es aquel que por sí solo torna amable la vida ya de nada menesterosa; y tal vez pensamos que es la felicidad. Ella es aún más deseable que

todos los bienes, y no está incluida en la enumeración de éstos. Si lo estuviese, es claro que sería más deseable después de haber recibido la adición del menor de los bienes, ya que con lo añadido se produciría un excedente de bien, y de dos bienes el mayor es siempre el más estimable. Es manifiesto, en suma, que la felicidad es algo final, y autoeficiente, y que es el fin de cuanto hacemos.

Quizá, empero, parezca una perogrullada decir que la felicidad es el bien supremo; y lo que se desea, en cambio, es que se diga con mayor claridad en qué consiste. Lo cual podría tal vez hacerse si pudiésemos captar el acto del hombre. Pues, así como para el flautista y para el escultor y para todo artesano, y en general para todos aquellos que producen obras o que desempeñan una actividad, en la obra que realizan se cree que residen el bien y la perfección, así también parece que debe acontecer con el hombre en caso de existir algún acto que le sea propio. ¿O es que sólo habrá ciertas obras y acciones que sean propias del carpintero y del zapatero, y ninguna del hombre, como si éste hubiese nacido como cosa ociosa? ¿O que así como es notorio que existe algún acto del ojo, de la mano, del pie, y en general de cada uno de los miembros, no podríamos constituir para el hombre ningún acto fuera de todos los indicados? ¿Y podría entonces ser?

El vivir, con toda evidencia, es algo común aun en las plantas, mas nosotros buscamos lo propio del hombre. Por tanto, es preciso dejar de lado la vida de nutrición y crecimiento. Vendría en seguida la vida sensitiva; pero es claro también que ella es común aun al caballo, al buey y a cualquier animal.

Resta, pues, la que puede llamarse vida activa de la parte racional del hombre, la cual a su vez tiene dos partes: una, la que obedece a la razón; otra la que propiamente es poseedora de la razón y que piensa. Pero como esta vida racional puede asimismo entenderse en dos sentidos, hemos de declarar, en seguida, que es la vida como actividad lo que queremos significar, porque este parece ser el más propio sentido del término

Si, pues, el acto del hombre es la actividad del alma según la razón, o al menos no sin ella: y si decimos de ordinario que un acto cualquiera o uno competente, es genéricamente el mismo, sea que lo ejecute un cualquiera como es el mismo, por ejemplo, el acto del citarista y el del buen citarista, y en general en todos los demás casos, añadiéndose en cada uno la superioridad de la perfección al acto mismo (diciéndose así que es propio del citarista tañer la cítara, y del buen citarista tañerla bien); si todo ello es así, y puesto que declaramos que el acto propio del hombre es una cierta vida, y que ella consiste en la actividad y obras del alma en consorcio con el principio racional y que el acto de un hombre de bien es hacer todo ello bien y bellamente; y como, de otra parte, cada obra se ejecuta bien cuando se ejecuta según la perfección que le es propia, de todo esto se sigue que el bien humano resulta ser una actividad del alma según su perfección; y si hay varias perfecciones, según la mejor y más perfecta, y todo esto, además, en una vida completa. Pues así como una golondrina no hace primavera, ni tampoco un día de sol, de la propia suerte ni un día ni un corto tiempo hacen a nadie bienaventurado y feliz.

Baste por ahora con este bosquejo del bien, porque conviene, a lo que parece, empezar por un esbozo,

aplazando para más tarde el dibujo de los por-menores. De la competencia de cualquiera puede estimarse, por lo demás, el ir adelante y ajustar entre sí los trozos acertados del bosquejo, como también que el tiempo es en esto un preciso inventor o auxiliar. Tal ha sido el origen de los progresos en las artes como quiera que todo hombre puede añadir lo que en ellas aún falta. Mas, de otra parte, es preciso recordar lo dicho antes en el sentido de que no en todas las cosas se ha de exigir la misma exactitud, sino en cada una la que consiente la materia que se trata, y hasta el punto que sea apropiada al método de investigación. De una manera investiga el ángulo recto el carpintero, y de otra el geómetra: el primero hasta donde pueda ser útil a su obra, en tanto que el segundo, contemplador de la verdad, considera su esencia o sus propiedades. Pues por manera análoga hay que proceder en lo demás, no sea que los suplementos de las obras resulten en número mayor que las obras mismas. Ni tampoco en todos los casos se ha de exigir dar razón de la causa de la misma manera, sino que en algunos bastará con establecer correctamente los hechos — como en el caso de los primeros principios—, y aquí el hecho es lo primero y el principio. De los principios algunos son contemplados por inducción, otros por el sentido, otros por algunas costumbres y unos de una manera y otros de otra. Debemos, por tanto, esforzarnos en ir hacia los principios atendiendo en cada caso a su naturaleza, y poner luego toda nuestra diligencia en definirlos correctamente, porque de gran momento son ellos para lo que de ahí se siga. Por ello se mira un principio como más de la mitad del todo, y por él tórnase manifiesto mucho de lo que se investiga.

Ética Niomaquea Cáp. VII Lib. 1 ARISTÓTELES\*

## RESUMEN

---

### SÓCRATES

---

Vivió alrededor de 80 años, fué un gran sabio que despertó las envidias y fué condenado a beber la cicuta acusado de impiedad y corromper la juventud.

Utilizó el método de la mayéutica (arte de dar a luz).

Fué un gran moralista: "nadie, pensaba, comete el mal a sabiendas, porque equivale a crear la propia infelicidad; la virtud consiste, pues, en conocer el bien".

### PLATÓN

---

Discípulo de Sócrates. Fundó su propia escuela llamada Academia. Su doctrina la divide en tres partes: La teoría de las ideas; la física; la ética. Carácter de filosofía: Idealista.

La teoría de las ideas es la base de toda la filosofía de Platón. Afirma un dualismo: Ideas y realidad sensible; Dios y materia eterna; alma y cuerpo.

## ARISTÓTELES.

Vivió 62 años y su actividad filosófica puede ser comprendida en 3 etapas o momentos:

- a) Platónico.
- b) De transición.
- c) Aristotélico.

Aristóteles abarca todas las ramas del saber. Comienza con la lógica, trata sobre las ciencias físicas y naturales, Ética y Política, y descuella su gran metafísica. Carácter de su filosofía: realista. Su método es doble: analítico y sintético. Su doctrina la divide en teórica (física, matemática, metafísica) y práctica (Ética y Política).

Su metafísica, llamada filosofía primera es la ciencia o conocimiento del ser como tal presindiendo de sus propiedades sensibles. Sostiene teorías como:

- *Lo universal y lo individual.*
- *Las diez categorías.*
- *El acto y la potencia.*
- *Las causas.*

## UNIDAD VII

### FILOSOFÍA GRECO-ROMANA

#### (DECADENCIA)

#### INTRODUCCIÓN.

Después de un máximo esplendor de la filosofía en la antigüedad deviene un estancamiento en el desenvolvimiento de las doctrinas y una decadencia en la producción de obras de valer filosófico.

Este período está representado por cuatro escuelas: Estoicismo; Hedonismo; Escepticismo y Eclecticismo. Todas ellas de carácter moralista.

Surge el Neoplatonismo como un último esfuerzo por tratar de salvar el declive en la aportación filosófica.